

EXHORTACIÓN – KALENDA 1989

Acabamos de escuchar la “Kalenda”, el anuncio del Nacimiento en el “tiempo” del que es “eternidad”, del Hijo del Padre. Del que fue, en frase del himno de Vísperas de esta tarde, el “Solo” del Padre en el principio, nacido de modo inefable del seno de la Virgen.

Estos dos aspectos: Hijo de la eternidad por serlo del Padre, por el que es Dios y lo que esto supone para nosotras, e hijo de María por la que es hombre y lo que esto nos compromete, es lo que vamos a reflexionar.

No es suficiente que reconozcamos y alabemos la bondad y benignidad de nuestro Dios que quiso enriquecer nuestro tiempo, los días del hombre sobre la tierra, haciendo que en él naciera la eternidad, su Hijo; que penetrara en la inestabilidad del tiempo la estabilidad de Dios, su Verbo.

No, no es suficiente. La concepcionista tiene que escrutar más hondamente el misterio. Tiene que penetrarlo, preguntarse y descubrir lo que Dios, con su Hijo, hizo nacer en la tierra: la Santidad hecha Hombre, para transformar al hombre en eternidad, en santidad.

El Verbo del Padre quiere, ante todo, hacer partícipe al hombre de su misma divina existencia, nos bajó a la tierra su Cielo, que es el conocimiento y amor de su Padre, para que volviésemos a encontrar el norte de nuestra existencia, nuestra felicidad y paz, que tanto canta la Navidad, mediante la santidad que desemboca en eternidad.

Es uno de los aspectos que quisiera subrayar sobre la santidad: que es eternidad. Es lo único que tiene perennidad en la tierra. La santidad vence al tiempo. Lo vemos en los santos: inmortaliza su memoria y su presencia entre los hombres por su virtud y poder de intercesión ante

Dios. Y nosotras mismas podemos comprobar cómo es al actuar con heroísmo la virtud, cuando nos sentimos crecer por dentro, madurar. Es el hálito de eternidad que es santidad, que el Padre, el Autor de ella, infundió en nuestro ser para darnos vida, según narra el Génesis, que se desarrolla y nos conduce a la felicidad.

Para que pensemos, pues, en lo importante que es esta venida de Dios al mundo, este hecho central de la historia de la humanidad, porque en él subyace la salvación del hombre y su divinización, la Iglesia, esposa del Verbo y Madre nuestra, va haciendo pasar por nuestra consideración las distintas edades del mundo, etapas que van marcando la inestabilidad del tiempo y del hombre y destacando la estabilidad de Dios, su santidad, su eternidad, su perennidad.

Comienza así la “Kalenda”:

“Pasados muchos siglos desde que Dios había creado el cielo y la tierra”.

Los cielos, soles, galaxias, mundos siderales. La tierra y sus masas de agua, mares, ríos, cuya existencia comparada con la del hombre trasciende al hombre desafiando su corta existencia que se esfuma con brevedad en un ir y devenir constante, nacer y morir. Los cielos y la tierra digo, entran también en la jerarquía del número. Pueden ser contados sus días. Su existencia cae dentro del tiempo, con principio y fin. Acabará. Su caducidad proclama que sólo Dios permanece.

Sigue el texto: “Y había creado al hombre según su imagen y semejanza”.

Es la etapa del tiempo en la que Dios pudo comenzar a contar los días del hombre sobre la tierra. Pero hay una frase que distingue la existencia del hombre de todo lo creado: “según su imagen y semejanza”. Esto es lo que hace distinto al hombre de todo ser viviente, porque le hace

inmortal, le da categoría de eternidad. “Nos creó Dios para ser conformes a la imagen de su Hijo” nos recuerda San Pablo. De aquí arranca el fin de la existencia del hombre en la tierra y explica su quehacer, su comportamiento, la toma de conciencia de lo que entraña su corta existencia en la tierra, que es lo que vino a desvelar Cristo, el Verbo del Padre con su Nacimiento.

Lo destaca el texto que sigue: “Y pasados muchos siglos desde que terminó el diluvio, y de su alianza de paz”.

Entra aquí en esta etapa de la historia del hombre la poderosa intervención de Dios, salvándole. Digo sí, salvándole. Parecería contradictoria esta palabra aquí, cuando el diluvio casi acababa de extinguir la existencia del hombre sobre la tierra. Pero es así. Cosa análoga sucedió con Sodoma y Gomorra. ¿No es significativo que en la ocasión del diluvio Dios salvara la especie humana por medio de Noé “hombre justo, íntegro y temeroso de Dios entre sus contemporáneos” (Gn 6, 9) y que de Sodoma y Gomorra no salvara más que a Lot, hombre también temeroso de Dios, y que no pudiera salvar a más, porque no se encontraron en ella ni diez justos, teniendo, en cambio que esperar los ángeles la salida de Lot para poder destruir la ciudad? (Gn 19, 22). “Pronto, – le dijo el ángel –. Escápate allá, porque yo no podré hacer nada en tanto que tú no hayas llegado”.

Y es, porque el pecado es muerte y llama a la muerte, y la santidad es vida porque es Dios y llama a la vida, a la inmortalidad.

En esta ocasión del diluvio, el hombre había perdido su estabilidad porque había dejado de vivir su imagen y semejanza con Dios, que es quien se la da, y se había dejado arrastrar por el pecado, que es engendro de muerte. Por ello sucumbió. Vuelvo a repetir; porque lo que tiene fuerza de permanencia es la santidad, que es estabilidad. Por medio,

pues de un hombre que vivía la imagen de Dios, Dios pudo salvar la especie humana, al hombre que él creó, al creado según su semejanza.

También el tiempo marcó esta etapa de la vida del hombre sobre la tierra, como etapa que intentó la desemejanza del hombre con Dios, pero que sucumbió, porque prevaleció su inmortalidad, lo que el hombre tiene de Dios, su semejanza, hundiéndose el pecado en las aguas.

Es el pecado el que hace frágil la existencia del hombre sobre la tierra. Nos lo dice la Escritura: “como el humo se disipa, se disipan ellos; como se derrite la cera ante el fuego, así perecen los impíos ante Dios. En cambio los justos se alegran, gozan en la presencia de Dios, resobando de alegría” (Ps 67, 2 – 3). No fue Dios, que es Vida, sino el pecado, que es muerte, quien condujo a la muerte al hombre en este fenómeno cosmológico.

Y sigue el texto: “veintiún siglos después del nacimiento de Abraham, nuestro padre”. Padre en la fe, le llamamos.

Superadas las etapas de la desemejanza del hombre con Dios, (pecado original, diluvio), comienza esta nueva etapa. La del hombre creyente. La del hombre de fe y dependencia de su Principio adorable: ¡Dios!, que estabiliza nuestra salvación cimentada en la promesa divina que resonó ya en el paraíso: “Pongo enemistades entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te aplastará la cabeza” (Gn 3, 15) y que ahora, por la fidelidad de Abraham, Yahvé (de nuevo) reafirma diciendo: “Juro por mí mismo, palabra de Yahvé, que, por cuanto has hecho esto y no me has rehusado tu único hijo, te colmaré de bendiciones y multiplicaré tanto tu descendencia, que será como las estrellas del cielo y como la arena del mar... por tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, porque obedeciste mi voz”; iniciando así, el Pueblo donde

habría de nacer el Autor de la salvación, el Salvador Verbo de Dios. Esta etapa, ya lejana, pone de manifiesto la fidelidad de Dios, su perennidad y santidad. Dios desea dialogar con el hombre, pero sólo puede hacerlo con el que no lo impide por el pecado.

Continúa el texto de la Kalenda: “trece siglos después del Éxodo de Israel de Egipto bajo la guía de Moisés”.

Nueva etapa. La de la esperanza en el Dios que salva. Fe de la anterior etapa y esperanza de ésta, que no se viven sin sufrimientos, esfuerzo, desierto, privaciones, trabajos, consecuencia del pecado original sí, pero que superan, trascienden al hombre sacándole de sí mismo y preparándole para las grandes empresas, como es ésta de preparar al gran Pueblo que recibiría la revelación de Dios y al Salvador de las naciones.

Esperanza, pues, en el Dios que nos dio a luz, en frase de Jeremías y que no se vive sin grandes renunciaciones y sufrimientos, es la enseñanza que nos deja esta etapa que también pasa y que nos está enseñando a preparar la Venida del Salvador. La fidelidad a Dios es causa esforzada.

Seguimos leyendo en la Kalenda: “Unos mil años después de la unción de David como Rey”.

Etapa importante en el Pueblo de Dios es el reinado de David que le lleva a su madurez como pueblo del futuro Mesías.

Al Mesías se le llamará hijo de David. Dios había prometido que “no sería arrebatado el cetro de Judá, ni el bastón de mando de entre sus pies hasta que venga aquel a quien pertenece y a quien los pueblos obedecerán” (Gn 49, 10). Y al ser concebido en las entrañas de María, se le había dicho: “Será grande y llamado Hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin” (Lc 1, 32 – 33).

Cristo, el Mesías, es ciertamente Rey y Señor, lo aseguran las Escrituras y lo canta también el himno de Vísperas de hoy: “el cielo, la tierra, el mar, todo cuanto existe cantan la venida de su Autor”. Es el soberano de todo. Él, santificará, y estará sobre todo reinado. Pero ante todo se manifestará como Señor y dominador de sí mismo y del pecado. Su reinado es espiritual. Nos enseñará a dominar las fuerzas de nuestro orgullo y soberbia y egoísmo. Y entregándose a la muerte porque quiso, nos dirá que el hombre no está hecho para dominar al hombre, sino para dominarse a sí mismo, y para ser señor de las cosas y de sus pasiones, no para ser esclavo de ellas siendo dominado por ellas, sino para donarse por los demás. Así se manifestó en su Nacimiento, desprendido de todo. Y en la misma línea siguió su Vida y su Muerte.

Y dejando pasar, lejos ya, esta etapa, el texto sigue contando nuevas etapas que pasaron también hasta llegar al Autor de ellas: “en la sexagésima quinta semana según la profecía de Daniel, en la centésima nonagésima cuarta Olimpiada, en el año setecientos cincuenta y dos de la fundación de Roma, en el cuadragésimo año del Imperio de Octavio Augusto, mientras en toda la tierra reinaba la paz, en la sexta época del mundo, Jesucristo, eterno Dios e Hijo del eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su piadosísima venida...”

Todo, las fuerzas de la gracia, (profecía de Daniel) las de la naturaleza, Imperio de Roma, todo, todo queda consagrado y trascendido por el hecho culminante de la historia humana: el nacimiento de la “eternidad” en el “tiempo”.

Desde este momento el mundo tendría que girar de distinto modo. El Señor de la historia nace en la historia del mundo, “tras haber sido concebido por obra del Espíritu Santo, nueve meses después de su concepción, en Belén de

Judá nace de la Virgen María” la divinidad hecha Hombre, la santidad. La natividad de nuestro Señor Jesucristo según la carne, ha puesto al alcance del hombre la semejanza con Dios. Desde la venida de Cristo, comenzó para el hombre la nueva edad, nueva era, la etapa fundamental de la historia del hombre o plenitud de los tiempos, la etapa de su divinización. Jesús es el único camino para llegar a su realización, pues Él es la imagen del Dios invisible, en frase de San Pablo.

Ahora es el tiempo de la divinización del hombre. Pero cuidado, que puede volver a repetirse la desdichada tragedia del paraíso: “seréis como dioses”. Sí, para ello ha venido Cristo, para que lo seamos, pero por el camino que Él nos marca.

Ésta es nuestra tarea como concepcionistas, estudiar a Jesús, al Verbo del Padre, reflejo de su santidad. El único Hijo, el Solo del Padre que condensó en su Ser toda la santidad del Padre.

Dos aspectos tiene el hecho de ser el “Solo” del Padre. Uno por parte del Padre y el otro por parte de Jesús.

Por parte del Padre es, que en él se vació. Y ya no puede darse a otro. Se agotó en el Hijo. Él, Jesús es la imagen de su sustancia, el esplendor de su gloria, la figura de su santidad. Es el hijo único, el Solo.

Es el “Solo” también del Padre, porque el Padre sabe que su Verbo es todo y sólo de él. Las demás cosas creadas no caben en él porque su Ser lo llena por entero el Padre. Es todo y sólo del Padre. Esto explica el desprendimiento de lo creado que manifestó siempre Jesús. De lo creado se sirvió como de vehículo para vivir la voluntad del Padre y cumplir su misión.

Y el segundo aspecto, que es por parte del Hijo, es como una réplica o consecuencia del anterior. Jesús es el “Solo” del Padre, porque es el “desprendido” de Sí mismo, el

“apegado” sólo al Ser, a la virtud y santidad del Padre, que le hace vivir y Ser. Es el “Solo” del Padre. El “Solo”. La Unidad del Padre. Donde todo es llegado a su perfección.

Parecería que la perfección estaría más en consonancia con la palabra “abundancia”, “multitud”, “muchedumbre” porque nos evocaría más la infinitud de Dios. En cambio no es así. La perfección de Dios se ve perfectamente realizada en el “Hijo”, su abundancia en el “Solo”, su eternidad en el “Único” precisamente por eso porque es el “Solo” Uno, Unidad, donde todo ha cesado ya porque ha llegado a su plenitud. Ni tira para arriba donde no hay más que llegar, ni hacia abajo porque está en la unidad, estabilidad, posesión de todo en Uno.

Ahí todo cesa ya. Sólo queda el silencio y, el amor. El silencio como plenitud, y el Amor, protegido por el silencio para mejor gozarlo.

Son las dos cumbres de la perfección. Estas dos cumbres, el silencio y el amor que es silencio en su cumbre, sólo pueden darse por el desprendimiento. El desprendimiento que tiene grados. Tanto más amor y silencio, cuanto mayor es el desprendimiento. Al haber más desprendimiento – y esto es ya tarea para nosotras – habrá más silencio, porque no teniendo nada, ni a sí misma, de nada te has de preocupar, de nada quejar, nada pedir. Sólo servir y servirse de las cosas para el desempeño de las propias obligaciones, sin gustos ni apegos. Esto es imitar la vida del Verbo en el Padre, del “Solo” del Padre. Es también lo que nos piden nuestros Estatutos, ni apegadas siquiera a las cosas de la propia oficina, que las puede usar la hermana que lo necesite, siempre con orden y delicadeza. Así, en este espíritu de desprendimiento se escribieron nuestros Estatutos. Sólo apegadas al Padre, a su Hijo, a su Amor y Voluntad.

Es lo que nos vino a traer el Verbo, la voz de la Santidad del Padre, el “Solo” en la eternidad o plenitud, al nacer en el tiempo. Es a esto a lo que nos comprometete por haber nacido de María, por haber nacido en el tiempo.

Silencio, amor, equivalente a “solo” y consecuencia del desprendimiento, de un vaciamiento total de nuestro pecado a imitación de María Inmaculada. Despojo de nuestro “yo”, criterios, derechos, hasta que sólo quede “una” sola cosa en nosotras: el Padre que es la Santidad. Así seremos cada una la “sola” del Padre, la “sola” del Verbo y del Espíritu. Así se habrá realizado el fin del Nacimiento de Cristo, se efectuará nuestra divinización, nuestra estabilidad, nuestra inmortalidad porque en definitiva la santidad es amor y el amor es Dios, el inmortal.

Desapego, pues, del corazón para usar las cosas sin afecto a ellas, amor en el corazón sólo a Dios y silencio, mucho silencio para gozar el amor de Dios y hacerlo revertir en las hermanas amándolas, sirviéndolas, y más que respetarlas, yo diría venerándolas, que es la esencia de la caridad, del amor, de la humildad, del amor, de la humildad que nos evoca el pesebre de Belén ocupado por el gran Dios hecho Niño, y que nos pide nuestra vocación concepcionista. Así sea y la dichosa Virgen Madre nos ayude. Amén.

EXHORTACIÓN – KALENDA 1990

“REX PACIFICUS”

1º El año pasado reflexionamos en esta exhortación de la Kalenda, algo sobre el himno de las I Vísperas de la Natividad del Señor, hoy lo haremos, con la ayuda de Dios, sobre la primera antífona de dichas Vísperas.

2º “Rex pacificus magnificatus est, cujus vultum desiderat universa terra”, así cantábamos y cantaremos esta tarde en las Vísperas, preparando en nuestro corazón el nacimiento del Hijo del Padre. ¡Rey pacífico, cuya presencia desea toda la tierra!

3º Pero, ¿cómo llamamos Rey a un Niño tan desconocido para el mundo, entonces, tan falto de todo, que tiene que ser “reclinado en un pesebre al nacer porque no había sitio para él y sus padres en la posada”? ¿Cómo le llamamos Rey?

4º Y sin embargo es Rey. Y cuando después de que Juan Bautista proclame cercano el Reino de Dios y el mismo Cristo lo anuncie diciéndonos que “se ha cumplido el tiempo y el reino de Dios es inminente”, tendremos que volver los ojos al Portal de Belén para interpretar este Reinado.

5º Porque aquel Niño que nació en Belén es el “Príncipe de la Paz”, el “Deseado de las Naciones”, el “Rey y Legislador de los pueblos”, el “Pastor de la casa de Israel”, el “Renuevo del tronco de Jesé” “ante quien los reyes enmudecen”, el “Cetro de la casa de Israel”, el “Resplandor de la luz eterna”, la “Sabiduría de Dios”, en fin, el “Rey de los que gobiernan”, “que se alza como un signo para los pueblos”.

6º Entonces, ¿por qué no aparece en su Nacimiento con las señales propias de los reyes? Es, porque Cristo es Rey de lo que no suelen serlo los de la tierra, o sus gobernantes.

7° Es, verdaderamente Rey, Rey primero de Sí mismo, y después de todas las cosas. Confrontémosle con los reyes terrenos, o los que hacen sus veces. Y veremos.

8° Los reyes de la tierra ostentan poder temporal, por medio de las armas. Ostentan grandeza, rodeándose de riquezas, comodidades, esplendor. Ostentan el dominio sobre los demás por medio de las leyes. Quedando, en fin, sometidos ellos a la violencia, al orgullo, a la superfluidad, en su generalidad.

9° De todo esto es de lo que es Rey Jesús. Porque en las pajitas nos demuestra que domina la sensibilidad de su cuerpecito sometiéndolo a la dureza de un pesebre y a la aspereza de unas pajas y por ello nos manifiesta así, que está sobre las comodidades, sobre el confort; las domina, es Señor de ellas.

10° El deseo de grandeza o poderío lo domina también tomando, para aparecer entre los hombres, la frágil figura de un Niño, y además pobre. Su palacio es un portal de animales, su cuna, un pesebre. Así se nos manifiesta superior a las riquezas, a la esclavitud de la superfluidad, superior a la prepotencia, porque podía haberlo hecho con esa grandeza terrena y no lo hizo.

11° Domina asimismo la tiranía de las leyes a veces inhumanas, sometiéndose, haciéndose dependiente del hombre. No se impone, sino que pide con el lenguaje más amoroso, tierno y débil, como son las lágrimas dulcísimas, el llanto de un niño, lo que necesita, lo poco que necesita para vivir, el alimento, los cuidados de su Madre. Su humildad domina el poderío, su paz, la violencia. Su amor domina la opresión.

12° Así, de este modo es Rey Jesús, Soberano de todo, dominador de la prepotencia humana, de la violencia o agresividad, del hedonismo. Y así impone la única ley de Dios, que es la del amor, entregándose a los hombres, a su

servicio, humilde y pobre, amante hasta la entrega de la vida.

13° Así es Rey Jesús, porque es Rey por la vía que Dios quiere que lo sea el hombre, por la vía de la paz, que es la vía de la liberación del pecado, del mal. Por ello es “Rex pacificus”, porque es la figura de la santidad del Padre, el “sin pecado”, el pacificado y pacificador.

14° Pero para entender nosotros los humanos esto, hemos de poner empeño en entender y vivir la última parte del anuncio del Reino de Dios que nos hicieron Juan Bautista y Cristo, y que recogimos al comienzo de esta exhortación. Es el “convertíos” de Juan Bautista (Mt 3, 2) y el “Arrepentíos y creed en el evangelio”, de Jesús mismo (Mc 1, 15). Entenderlo y vivirlo. Es decir cambiar de mente.

15° Así, sí. Así sí entenderemos el Reino de Dios y que ese Niño dulcísimo que nace en Belén, que esperamos que nazca esta Noche en nuestro corazón es Rey.

16° Pero ha de preceder la “conversión”, el “arrepentimiento” por haber estado pensando y viviendo hasta ahora de espaldas al evangelio y, en realidad, de espaldas al Reino de Dios, de espaldas al mensaje, al reinado que nos trae este Pequeñín tan divino que esperamos.

17° Hemos de “arrepentirnos” y “convertirnos”. Cambiar de modo de pensar y vivir. Primero pedir perdón esta Noche al recibir a Jesús en la Comunión por no haberle entendido, y después pedirle su gracia para “entenderle” desde ahora y, vivirlo. Rendirle nuestro corazón a sus pies, como a Rey nuestro querido, “deseado”, como canta la antífona.

18° Y decirle que para nosotras desde ahora ya es grande lo que fue grande a sus ojos, la humildad, la sencillez, la dulzura, la pobreza, la entrega, el amor. Y que es ruin y mísero la soberbia, la prepotencia, la agresividad, la comodidad, el egoísmo, la falta de amor.

19° Y digámosle a María que por el gozo que tuvo al estrechar entre sus brazos a su Hijo y su Dios nacido de su seno bendito, nos conceda esa gracia de sentir, amar y vivir como Ella y su Hijo sintieron, amaron y vivieron esta Noche Santa y toda su vida. Esa Noche Santa de cielo en la que se inauguró el reinado de Dios en la tierra. El reinado de la no violencia; el reinado del amor; el reinado de la santidad del Padre; el reinado de paz de los humildes de corazón proclamado aquella Noche por los Ángeles: “Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor”, a los de buena voluntad, de buen corazón, sencillo y humilde.

20° En esto es glorificado el Padre. Por ello, cuando queramos interpretar el Reino de Dios que nos anuncia el Evangelio, no pongamos los ojos en esas figuras de Cristo que nos han hecho los hombres donde nos lo muestran sentado en un trono con las insignias reales que usan los reyes de la tierra. No. Sino con las insignias reales que le puso Dios, su Padre y con el trono que le preparó su Padre, que son: el pesebre, las pajas, el buey y la mula, o los pañales y el regazo de su Madre dulcísima. Éste sí, así, chiquitín.

21° Éste es el “Rex pacificus” que canta y ha cantado la Iglesia durante veinte siglos, y que los Profetas habían anunciado siglos antes. A éste es al Rey que hemos de reconocer como verdadero, no a otro. Y entenderlo bien, para vivirlo bien, de modo que él pueda mirarnos esta Noche con esos ojitos de estrellas y sonreírnos con la paz de Dios en su boca divina. Y María nos vea de verdad concepcionistas, hijas de este reinado de amor y paz. Así sea.

EXHORTACIÓN – KALENDA 1991

Este año, hermanas queridas, vamos a recoger del Anuncio del Nacimiento de Jesús que hemos cantado, el ejemplo sobrecogedor de la humillación que envolvió su descenso amoroso a nuestra tierra.

Nos dará luz sobre ello la tercera antífona de las Vísperas que cantaremos esta tarde. Dice así: “El que era la Palabra sustancial del Padre, engendrado antes del tiempo, hoy se ha despojado de su rango haciéndose carne por nosotros”.

Vamos, pues, para penetrar un poco en este impresionante misterio del anonadamiento de Cristo y en la profundidad de su humillación, vamos a reflexionar primero sus grandezas divinas, para que por aquí entendamos algo, quién se humilla y por quién se humilla, y para qué se humilla. A ver si esta consideración enciende luz propia en nuestro corazón que disipe las tinieblas que el pecado dejó en él, y nos haga ver la hermosura de la senda abierta por esta humillación de Cristo, Verbo de la Vida, para que la recorramos.

Primero. Veamos quién se humilla. La antífona referida nos dice que el que desciende del Padre es su “Palabra sustancial, e Hijo suyo engendrado antes del tiempo”. San Juan nos lo explica así: “En el principio existía la Palabra y la Palabra era Dios. Todo se hizo por ella... En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1, 1 – 5).

Más adelante reafirma otra vez que esta Palabra nació de Dios mismo (Jn 1, 13). Y en Ap 19, 13 hablándonos de Cristo nos dice que su nombre es: “La Palabra de Dios”. Que es lo mismo que la Biblia había revelado antes al poner en labios del Sirácida estas palabras: “Yo salí de la boca del Altísimo” (Sir 24).

El mismo libro del Sirácida nos dice que “por la palabra del Señor fueron hechas sus obras, y la creación está sometida a su voluntad” (Sir 42, 15b). “Todo tiene en él su consistencia”, nos dice San Pablo refiriéndose a Jesús. Y añade: “Él es la imagen de Dios invisible. Primogénito de toda la creación... y en él reside toda la Plenitud de Dios” (Col 1, 15 – 19). “Es el resplandor de la gloria del Padre, impronta de su sustancia y el que sostiene todo con su palabra poderosa” (Hb 1, 3). Es, en fin, Dios verdadero de Dios verdadero confesamos con la Iglesia en el Credo, y hemos cantado en este Anuncio de la Navidad.

Este Verbo de la Vida (Jn 1, 4) que en el seno de Dios “recibe la gloria del Padre como Hijo único lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 17b) es el que desciende, deja toda su grandeza, “se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14a) y San Pablo aclara, “el cual, siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre, y se humilló a sí mismo” (Flp 2, 6 – 8). Éste es el que se humilla.

Segundo. Por quién se humilla así. “Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación” nos dice la Iglesia también en el Credo. Porque habiéndonos creado a su imagen y semejanza (Gn 1, 26) para ser conformes a la imagen de su Hijo (Rm 8, 29), y habiéndonos elegido de antemano para ser sus hijos (Ef 1, 5) le volvimos la espalda, pecamos contra él y nos desvinculamos de él por el pecado original, perdimos la filiación al perder su gracia y la vinculación con él por el pecado (Gn 3, 1 – 6). Nos alejamos de su amor de Padre y quedamos hechos esclavos de Satanás.

Pero porque “los dones y la vocación de Dios son irrevocables” (Rm 11, 29), y la creación, nuestra creación fue

un “don” infinito de su amor inmenso y eterno, y fue una “llamada” a ser conformes a la imagen de su Predilecto, de su amado Hijo, el Padre, en lugar de abandonarnos en nuestra desgracia, decidió que, su Verbo divino, “su palabra omnipotente, cual implacable guerrero, saltase del cielo, desde el trono real, en medio de una tierra condenada al exterminio” (Sab 18, 15).

Y así, hizo aparecer, visiblemente ante nuestros ojos, su gracia, misericordia y benignidad, su perdón en la persona de su Hijo. Así nos lo dice San Pablo: “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Gal 4, 4 – 5). “Porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres” (Tt 2, 11) que es “la Manifestación de nuestro Salvador Cristo Jesús, quien ha destruido la muerte y ha hecho irradiar vida e inmortalidad por medio del Evangelio” (2 Tm 1, 10).

Sí, hermanas. El Verbo de la Vida ha vuelto de nuevo a irradiar su vida divina en nuestra tierra, ofreciéndonosla desde la cunita de Belén en su sonrisa de Niño pequeño e indefenso.

Se ha humillado, se ha despojado de su condición divina, y hecho ya hombre, se ha rebajado aun hasta la condición de siervo para entregarse a la muerte por todos, por cada una de nosotras, padeciendo la humillante muerte de los malhechores en la Cruz, porque se hizo humano en una carne semejante a la del pecado (Rm 8, 3). ¡Oh, hermanas!, ¡qué inefable misterio de amor, de humildad, de benignidad! ¡Dios, toda la santidad de Dios ante quien los ángeles palidecen, considerando pecador, juzgado por pecador y sentenciado y muerto por pecador! ¿Cabe mayor humillación, mayor despojo de su condición divina? Reflexionemos.

Y llegamos, por fin, al último punto, que es, para qué se humilla. Y aquí, hermanas queridas, quisiera que nos detuviésemos. Que detuviésemos todo nuestro ser, nuestro pensamiento, corazón, entendimiento... Que entremos dentro de nosotras mismas para respondernos a esta pregunta, pero despacio, pensando en lo que se nos pregunta y en lo que significa nuestra respuesta.

Hemos visto cómo el Padre nos ha enviado a su Hijo, que es su Palabra eterna, “el Verbo de la Vida”, hecho hombre en nuestra misma condición humana. Hemos visto cómo el que es “la luz y la vida de los hombres” ha encarnado esa su vida divina en una corporeidad como la nuestra. La pregunta es, ¿lo creemos así? ¿Sentimos latir nuestra misma vida en su Palabra divina? Sí, digo que si sentimos latir en el Verbo de la Vida la nuestra pecadora.

Porque el Padre y Jesús sí la han sentido. Por eso se ha humillado el Verbo de la Vida. Por eso el Padre nos ha dado su Palabra, su Hijo. Por eso Jesús se ha encarnado. ¿No acabamos de ver cómo Dios nos creó a su imagen y semejanza, (Gn 1, 26) “para ser conformes a la imagen de su Hijo”? (Rm 8, 29) ¿No nos ha dicho San Juan que Él era la vida y la vida era la luz de los hombres (Jn 1, 1 – 5)? Por esto, porque “somos hijos de Dios” (1 Jn 3, 1 – 2) el Padre y Jesús han sentido latir en su misma vida divina la nuestra pecadora, y han llevado a cabo el sobrecogedor misterio de la humillación y encarnación del Verbo, porque quieren volver a sentir latir nuestra vida en la suya, pero ya santificada, vuelta a la santidad de su origen.

Y esto quiere decir, hermanas queridas, que el despojo de Cristo, su humillación es nuestro despojo y nuestra humillación. Nos pertenece. Somos nosotras las que debemos asumir el despojo y la humillación, no él que es santo. Si lo hace él es, por lo que hemos dicho antes, porque

siente latir nuestro pecado en su corazón, pero es a nosotras a quien nos pertenece humillarnos, despojarnos.

Pensemos que él, Jesús, desde su Nacimiento hasta su muerte está ocupando el puesto que nos pertenece. La pobreza de Belén es nuestro sitio. Los trabajos y fatigas de la huida a Egipto es nuestro puesto. El silencio, la humillación de una vida gastada en ocupaciones sin relieve, sin honra, sin brillo, es nuestro sitio. Todas las incomprendiones, las privaciones, los dolores, sudores, angustias, agonía y muerte es nuestro sitio, el que nos pertenece por nuestro pecado. Jesús lo sufrió todo siendo santo. ¿Veis cómo es nuestra vida pecadora la que Jesús, amorosamente, ha dejado latir en la suya divina para redimirla?

Y si él, siendo santo ha sufrido tanto, se ha despojado de tanto y ha renunciado y soportado tanto, ¿qué tendremos que hacer nosotras que somos las pecadoras? Para esto, hermanas mías, para esto se ha humillado Jesús. Para que hagamos como él ha hecho. Para que nos humillemos como él. Para que nos despojemos como él. Porque “os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13, 15). “Ya que Cristo padeció en la carne, armaos también vosotros de este mismo pensamiento: quien padece en la carne, ha roto con el pecado” (1 P 4, 1).

Ésta es la enseñanza que extraemos del anuncio de la Natividad de Cristo nuestro Salvador que hemos cantado y de la tercera antífona de las Vísperas de esta tarde que hemos reflexionado. Vivámosla, hermanas, que para esto ha nacido nuestro dulce Redentor. No defraudemos al que “nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos las primicias de sus criaturas” (St 1, 18).

Miremos que Jesús, todo lo que él es y ha hecho es Palabra del Padre (Ap 19, 13). Que éste ha sido el modo de

hablarnos el Padre por su Hijo en estos últimos tiempos (Hb 1, 2) con su Persona, con su Vida, con su Amor, con su Obra salvadora, con su Nacimiento y con su Muerte en Cruz; “obediente hasta la muerte” (Flp 2, 6 – 8) “y muerte de cruz”.

Miremos todo esto, y que nuestro sendero es Cristo, porque nuestra vida es él “que se ha despojado de su rango haciéndose carne por nosotros”. Amén.

EXHORTACIÓN “EXULTET” – KALENDA 1992

Este año, queridas hermanas, siguiendo la costumbre de los anteriores de reflexionar juntas el Misterio de la humanización de Dios después del canto del “Exultet” Navideño o Kalenda, vamos a meditar un poco la antífona del Magnificat de las I Vísperas de la Natividad de Jesús que cantaremos solemnemente esta tarde.

Si recordáis, estos años de atrás hemos reflexionado ya la misma Kalenda o Pregón Navideño, hemos reflexionado también el Himno de las I Vísperas y dos antífonas de las mismas. Con la reflexión de la antífona del canto evangélico mariano que vamos a hacer ahora, prácticamente terminamos las reflexiones de los textos más significativos de las I Vísperas de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo.

La antífona dice así: “Cuando salga el sol, veréis al Rey de reyes, que viene del Padre, como el esposo sale de su cámara nupcial”.

Es profundo, muy profundo el contenido de esta antífona. Enlaza con las promesas del Antiguo Testamento, claro está; concretamente, Zacarías, el padre de San Juan Bautista interpretando toda esta revelación veterotestamentaria a que me refiero, movido por el Espíritu Santo nos dice en el canto del “Benedictus”: “Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1, 78 – 79).

Este texto del “Benedictus” nos promete al mismo Salvador que menciona la antífona que estamos reflexionando. La antífona dice que “viene del Padre, como el esposo” es decir, repleto de gozo y alegría, de vida. El Benedictus dice que “nos visita el sol que nace de lo alto”,

pero esto se lleva a cabo “por la entrañable misericordia de nuestro Dios”. Es decir, del Padre, que envía a su Verbo a la tierra para iluminar a los que vivimos en tinieblas. En los dos textos, pues, late la presencia amorosa del Padre y la presencia radiante de su Verbo, “luz de luz” que cantamos en el Credo, “Sol de justicia” que dice Mal 4, 2, y “Luz verdadera que, con su venida a este mundo, ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9).

Así lo ha creído con firmeza y lo ha celebrado siempre la Iglesia haciéndose eco de las mismas palabras que el Verbo de la vida nos dejó en su Evangelio: “Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que crea en mí no quede en las tinieblas” (Jn 12, 46). En esas tinieblas del pecado en que estaba envuelto el mundo después de la tragedia del Paraíso.

Por eso, cuando esta luz divina fue extendiéndose por todo el orbe conocido cristianizando las costumbres y ritos paganos, la Iglesia no dudó en fijar la celebración del nacimiento del Verbo, “Sol que nace de lo alto” el 25 de diciembre, haciéndolo coincidir con la fiesta en honor del “sol invencible” que el Emperador Aureliano (270 – 275) ordenó celebrar en todo su Imperio.

En efecto. El 25 de diciembre era en el mundo pagano la fiesta del “Nacimiento del sol invencible”, del astro vencedor de las tinieblas, el cual, habiendo alcanzado en este día su punto más bajo, como sabéis, vuelve, con su nacimiento a crecer progresivamente, desterrando las tinieblas, haciendo más largos los días a partir de esta fecha.

Este hecho, y por lo mismo esta fecha y fiesta significaba para el hombre pagano la reafirmación de su pervivencia sobre la tierra. Mientras hubiera luz, pensaba, habría vida, por tanto, mientras existiera el sol, el hombre existiría sobre la tierra. Era pues, lo que celebraba, una

fiesta en honor del “dios solar” que fecundaba la tierra y su existencia.

Por ello la Iglesia, iluminada por el verdadero “Sol eterno” quiso, y de hecho lo hizo, que esta solemnidad y su significado se aplicase al Nacimiento de Cristo, verdadera luz y sol que nace de lo alto, que destierra las tinieblas, llenando de eterna vida y de inmortal fecundidad la vida del hombre.

Y así, esta fiesta fue celebrada desde los primeros siglos de nuestra era cristiana como fiesta de la luz, fiesta del Nacimiento del “Sol de justicia” (Mal 4, 2).

Éste era y ha de ser el profundo significado de nuestras celebraciones Navideñas. Con este sentido celebradas por los primeros cristianos, ellos sacaban la fuerza que necesitaba su espíritu para testimoniar su fe aun con la propia sangre, y, para más tarde, cuando la Iglesia gozaba de paz y libertad, legarnos las asombrosas virtudes cristianas que irradiaba su existencia cristiana.

Ya en el siglo IV, concretamente el año 336 aparece en Roma esta celebración Navideña. La fiesta de la Natividad del Señor suplantaba la fiesta pagana del “sol invictus”. ¡Cristo, “Sol de justicia” (Mal 4, 2) se levantaba invicto desterrando las sombras de muerte en que yacía el mundo pagano, cristianizando así todo el orbe conocido!

Pero esto lo logró la Iglesia, porque, en sus miembros, había encontrado la fidelidad a Cristo y a su Sacrificio, hasta el derramamiento de la sangre, dando así continuidad al mismo espíritu y al mismo Sacrificio redentor de Cristo, en pro de la implantación del Reino de Dios en la tierra.

Las profecías del Antiguo Testamento se cumplían. El hombre retornaba a ser hijo de Dios, pero esto no se lograba sin la cooperación activa de los cristianos, que no habían dudado en someterse a los mayores tormentos y a

perder la propia vida en el empeño, dando así continuidad al Sacrificio de Cristo y su fecundidad.

Y así, cada mañana, al salir el sol, los primeros cristianos radiaban de gozo recordando el advenimiento de Cristo, del Dios que era su Salvador. La presencia del astro solar, después de pasada la noche, les evocaba la Resurrección gloriosa del “Sol de justicia” después de su descenso al sepulcro. Era Cristo Jesús el “Sol invicto” que brillaba para iluminar a ellos y a los que “vivían en tinieblas y en sombra de muerte” (Lc 1, 78 – 79) cual era el mundo pagano que agonizaba dando paso al cristiano.

Y así tiene que ser ahora para nosotras. Vivimos circunstancias análogas a las que vivieron los primeros cristianos. Entonces, el mundo estaba paganizado, ahora se está paganizando. Entonces ellos, con el testimonio de su vida, lograron que la fuerza del Redentor, Sol de justicia, cristianizase el orbe conocido. Ahora nosotras, con nuestra “entrega” bien vivida, vivida de modo que ciertamente secunde el espíritu y el Sacrificio del Redentor, lograremos también que el hombre de hoy retorne al amor y conocimiento del Padre, y vuelva a cristianizarse todo lo perdido.

No importa que seamos pocas. Nosotras unimos nuestro pequeño esfuerzo al de otras almas consagradas a vivir el auténtico espíritu cristiano. Y ello dará su fruto, porque es Cristo el único que salva. Él sólo necesita que en su Iglesia haya continuidad de su verdadero espíritu, que es el que transforma.

Por tanto, hermanas queridas, que la celebración de esta Navidad sea punto de partida para nuestro comportamiento, como lo era para los primeros siglos del cristianismo. En las I Vísperas, cuya antífona del Magnificat hemos meditado, y con las que entra de lleno la celebración Navideña, la fiesta de la luz o de la Natividad

de nuestro “Sol de justicia”, Cristo, hagamos el propósito de renovar todos los días, cada mañana al ver salir el sol, nuestra entrega ferviente al Señor, a su causa. Recordemos en la salida del sol, también nosotras, el advenimiento de Cristo nuestro Salvador, luz del mundo. Recordemos que ha acampado entre nosotras y vive en los Sagrarios entre nosotras para llenarnos de su gracia. “De su plenitud... todos hemos recibido, gracia sobre gracia” nos recuerda San Juan. Y “nos ha dado, a todos lo que le reciben, ser hijos de Dios” (Jn 1, 12). Y “para esto ha venido a este mundo, para iluminar a todo hombre” (Jn 1, 9).

Vivamos así la Navidad hoy y a cada salida del sol, para que la luz y la presencia de Cristo reverbere en nuestra conducta, y así podamos convertirnos en luz que oriente hacia Dios a nuestros hermanos.

Que podamos, como los primeros cristianos ser testigos de la cristianización del mundo. Que podamos, con gozo, ver cumplida también ahora la profecía de Isaías que recoge el Directorio de nuestro Monasterio para darnos el espíritu con el que hemos de vivir la Navidad. Recordémosla: “El pueblo que andaba en las tinieblas vio una gran luz; sobre los moradores del país de mortal sombra (marxismo – ateísmo), la luz ha despuntado. Has acrecentado su alegría, han henchido su júbilo... Que un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; sobre sus hombros el imperio, y su nombre será: Consejero admirable, Dios potente, Padre eterno, Príncipe de la paz” (Is 9, 1 – 9).

Sí, hermanas, que Dios pueda fiarse de nosotras como se fió de los primeros cristianos. Que pueda descansar su espíritu en el nuestro. Que hagamos de nuestro comportamiento soporte para la luz de Cristo, para que pueda iluminar a cuantos se acerquen a nosotras, como hacían los primeros cristianos.

Hagamos de nuestra vida una constante oración para que vuelva el sentido cristiano a la celebración de la Navidad en el mundo, y con él el sentido cristiano a toda la vida y actividad del hombre de hoy. Que la Navidad vuelva a ser la fiesta de la luz. La fiesta del “Sol invictus” Cristo Jesús, que sale del seno del Padre, como el esposo de su cámara nupcial, para recorrer el mundo e iluminar a todo hombre que habita en la tierra.

Estos días de atrás hemos cantado también en una de las antífonas mayores: “Oh Sol que naces de lo alto, Resplandor de la luz eterna, Sol de justicia, ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte”. Repitámosla cada mañana, al ver salir el sol, recordando el advenimiento de Cristo y la necesidad urgente de que venga de nuevo como en los primeros siglos del cristianismo. Así con esa fuerza. Y acompañemos a esta oración, nuestra vida. Así sea, hermanas queridas, para gloria de Dios. Amén.

EXHORTACIÓN – KALENDA 1994
SOLEMNE ANUNCIO DEL NACIMIENTO DE JESÚS

“Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (Is 9, 5).

Este año la reflexión del Anuncio del Nacimiento de Cristo Jesús, la centramos en esta profecía de Isaías. Densa y profunda profecía que nos anuncia al mismo tiempo el nacimiento de Jesús y el del Reino de Dios. Mejor dicho, nos anuncia el nacimiento del Reino de Dios por este Niño que nos nace, en este Hijo que se nos da: ¡Jesús, Príncipe de la Paz!

La profecía, pues, quiere hacernos pensar en lo que ha de suponer para nosotras, por expreso designio del Padre, el nacimiento de su Hijo según la carne. Ha de significar, si le acogemos como el Padre quiere, el nacimiento del Reino de Dios dentro de nosotras mismas para después darlo a luz en nuestras obras. No otra cosa es acoger a este Niño que nos nace, a este Hijo que el Padre nos da. No otra cosa, pues que vienen juntos Niño y Reino de Dios. Esta fuerza ha querido el Padre que tenga la Navidad, que acoger a Jesús sea engendrar en nuestra alma el Reino de Dios.

Así es, hermanas. Y esto tiene un precio. Y conviene que lo entendamos bien para pagarlo. No sea que pase la Navidad sin conseguir su objetivo en nuestra alma. ¡Dura cosa sería! Por ello despertemos. Porque la “acogida” fructuosa de Jesús no consiste sólo en cantar bellamente y con encendidos afectos del corazón la inspirada liturgia, ya lo sabemos. Ni tampoco consiste en desear ardientemente su Venida, ni aun disponer nuestra alma con la pureza Sacramental. Mucho menos significa preparar esta Venida con signos externos. No. No sólo es necesario todo esto. Sino que ante todo ello, la verdadera “acogida” de Jesús debe suponer para nosotras un parto. El parto del Reino de Dios.

¡Esforzado, cierto! Porque debe suponer “acoger” la santidad de Dios que nos trae el Verbo de la Vida con su Nacimiento, para darla a luz día a día en nuestra conducta.

Sólo una Navidad preparada debidamente sería suficiente para hacernos “engendradoras” del Reino de Dios y portadoras de su luz y del rostro del Emmanuel en nuestro comportamiento. ¡Sólo una Navidad!, pero vivida con la intensidad con que fue preparada y nos la da el Padre.

Sí, hermanas, y si esto es así, ¿por qué no hemos conseguido aún este objetivo en tantas como hemos vivido? ¿Por qué, la benignidad, la dulzura y suavidad divina que cada año ha caído sobre nuestra alma no ha conseguido ablandar la costra de nuestro pecado para que surja el Reino de Dios en nuestro corazón? ¿Por qué la ternura y el amor del Niño Dios no llega a cuajar en nuestro espíritu? ¿Por qué, a pesar de nuestros buenos deseos, prevalece nuestro ser y tendencias desordenadas frente a la potente santidad de Dios que nos entrega Navidad cada año? ¿Por qué?

Creo, hermanas, que la razón la tenemos en que no la recibimos con la densidad con que se nos da. Y no la recibimos así por falta de preparación. Por no asumir la preparación que Dios dispuso para nosotras, que es la que nos dispone a recibir bien ese don de Dios.

Pues bien, hermanas, queriendo todas conseguir el objetivo de la Navidad pues para esto estamos en el Monasterio, vamos a detenernos este año en este tema de nuestra preparación a la Navidad para que sea fructuosa espiritualmente. Y para ello vamos a entrar en profundidad, en el fin que se propuso Dios al entregarnos a su Hijo, y, cómo dispuso dárnoslo para que surtiera el efecto deseado por él. Recordemos, por tanto, en los hechos, su intencionalidad. Dios sabía bien lo que hacía. Y cuando

decretó, en su amor eterno e inamovible entregarnos a su Hijo para nuestra salvación, lo primero que hizo en su presciencia y sabiduría divina, fue otear la situación del hombre, su estado o disposición para recibir al Salvador. Y como le encontró duramente cerrado a su “acogida”, instituyó paciente y amorosamente su adviento piadosísimo que hemos cantado ahora en el Pregón de su Nacimiento, para prepararles a la llegada del Salvador. Y, consecuentemente comenzó a enviar a sus profetas, en cuyos corazones vertía él, fervientes deseos de la venida del Mesías para que los proclamasen al Pueblo. Unos decían: “Cielos, destilad vuestro rocío, nubes, derramad al Justo; ábrase la tierra y brote la salvación y con ella germine la justicia” (Is 45, 8). No sin antes llamarles a la conversión con fuertes expresiones como éstas: “¡Cómo se ha vuelto una ramera la Villa fiel! Antes llena de derecho... de justicia... Tu plata se ha vuelto escoria... tus jefes son bandidos... todos amigos de sobornos...” (Is 1, 21 – 27). “Hijos he criado y elevado, y ellos se han rebelado contra mí. Conoce el buey a su amo, y el asno, el pesebre del dueño; Israel no conoce, mi pueblo no recapacita. ¡Ay gente pecadora, pueblo cargado de culpas, hijos degenerados: han abandonado al Señor, despreciado al Santo de Israel... ¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios...? No me traigáis más dones vacíos... Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones... aprended a obrar bien” (Is 1, 1 – 18). Así les hacía Yahvé tomar conciencia de su situación de pecado y de la necesidad que tenían de redención para que la deseasen. Y les invitaba a volverse a él diciéndoles: “Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo... y de Jerusalén... os vendrá el auxilio. Al verlo, se alegrará vuestro corazón” (Is 66, 13 – 14). Suscitando el deseo de su Venida entre ellos con estas expresiones: “¡Despierta tu poder y ven a salvarnos, Señor!” Y confirmando el Señor sus

esperanzas dándoles a entender el fin de la venida del Salvador: “A los que honran mi nombre – les dice – les iluminará un sol de justicia” (Mal 3, 20).

Con éstas y muchísimas expresiones más que encontraremos en los textos litúrgicos de este tiempo de Adviento, el Señor preparó pacientemente a su Pueblo para la llegada de su Hijo. Y, ya vemos hermanas, es muy importante que lo anotemos. Ya vemos en qué quedó, por parte del hombre este adviento piadosísimo de Yahvé para con su Pueblo, esta cuidadosa, paciente y amorosa preparación para que recibiesen bien su Salvación. Ya lo vemos. Nos lo puntualiza San Juan cuando nos dice que: “vino a los suyos, y los suyos no le recibieron” (Jn 1, 11)

¡No le recibieron! ¡Y eso que tanto le necesitaban! ¿Por qué no le recibieron? Porque a pesar de los esfuerzos divinos su Pueblo no consiguió sintonizar con su Dios. No habían entendido el fin del Adviento de Dios. No habían entendido el mensaje de los Profetas. No habían penetrado en la intención de Dios al enviárseles y anunciarles al Salvador. No habían entendido a Dios. Ni a sí mismos se habían entendido, y, así se quedaron sin el Mesías aunque llegó. Sólo recibió a su Salvador un pequeño resto de Israel, entre los que se encontraban la que sería Engendradora de Dios, María, y los humildes, los pobres.

Pues esto mismo puede sucedernos a nosotras, hermanas, que por no esforzarnos en entrar en la intencionalidad divina del Adviento, nos quedemos sin preparación adecuada para recibir al Mesías, y sin la disposición de corazón necesaria para sintonizar con Dios y recibir la Navidad que el Padre nos ha preparado tan meticulosa y amorosamente, que es la cogida de su Hijo y la de su Reino.

Sabemos que para acogerlos ha sido necesaria la preparación con la misma densidad de amor con que se nos

ofrece. Ha sido necesario haber vivido el Adviento tan paciente y amorosamente como Yahvé nuestro Padre nos lo ha preparado. Ha sido necesario entrar a fondo en la entraña de los textos bíblicos de este tiempo para penetrar respetuosa y amorosamente en la intención divina que nos los propuso y asimilar esa intención, que es la de nuestra conversión sincera y radical, como hemos visto, y la de nuestra vuelta a él anhelante de redención. En esto está encerrado el secreto del fruto espiritual de nuestras Navidades. Está encerrado, en fin, el éxito del parto del Reino de Dios que en nosotras ha de seguir a la acogida del “Verbo de la Vida”, de la Potente santidad de Dios, de nuestro Modelo de Santidad.

Vamos a examinar, pues, ahora, muy unidas al corazón contemplativo de María, nuestra preparación a ver si ha sido adecuada. Y vamos a hacerlo también con intención de recuperar tiempo, reflexionando humildemente el texto que encabeza esta exhortación y que Yahvé nuestro Padre dictó para nosotras hace tanto tiempo. Escuchemos cómo nos ilumina y esforcémonos por comprender y entender el texto insertándonos en él. Nos dice el Señor: “El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los moradores de una tierra de sombras la luz ha despuntado” (Is 9, 1).

Olvidémonos ahora del pueblo judío. Somos nosotras las que entramos ahora en escena o en acción. Es a nosotras a quien nos habla Dios. ¿Veis, hermanas, cómo nos dice Yahvé nuestro Padre que se espera al Mesías? Así. Pensando muy a fondo que somos pecadoras y que necesitamos al Salvador. Pensando que estamos en tinieblas porque aún estamos cargadas de pasiones descontroladas; de fuertes dosis de amor propio; de grandes miedos; de desequilibrios temperamentales, de tendencias facilonas y desordenadas, de excesos de vanagloria o

soberbia, de pereza, de criterios no netamente evangélicos. ¡Sí, hermanas, estamos en tinieblas, y por eso necesitamos la luz que nos trae la Navidad del Salvador! Necesitamos su luz, su calor, su ternura, su amor, su benignidad que destierre tanta tiniebla en nuestra alma, que nos haga salir de ellas. La necesitamos, y por eso estamos dispuestas a pagar su precio, que es el rendimiento de nuestra voluntad a la suya, el despojo de nuestro engreimiento ante su soberana santidad, viviendo con intensidad hoy nuestra preparación a su Venida, con veracidad, para asimilar la intencionalidad que él nos propuso, y acoger todo el Ser divino que se nos da, con todas sus consecuencias y riesgos.

¡Hermanas!, de verdad, las cosas de Dios para que den su fruto hay que tomarlas muy en serio. Tanto como las toma Dios. Si las desvirtuamos en nuestras manos por inercia perderán fuerza y fruto. No, hermanas, no. En esto hemos de coincidir con Dios. La luz que él envía a nuestras tinieblas es, para que éstas queden disipadas y aniquilado el pecado en nosotras. Pero aniquilado de verdad, sin fuerzas para arrastrarnos tras de él.

Y sólo así. Sólo si hemos vivido el Adviento así, o si nos esforzamos mediante el amor en recuperar el tiempo hoy, si es que no lo hemos vivido bien, recogeremos esta Noche y durante la Navidad el fruto que nos anuncia el texto que reflexionamos. Veremos acrecentarse la alegría en nuestro corazón por el encuentro abierto, sin sombras con el Dios Amor hecho Niño. Experimentaremos cómo se agranda nuestro júbilo esta Noche de Navidad al sentir abundar la gracia y la luz del Salvador en nuestra alma. Y veremos emerger de ella el reino de Dios, su paz, su gloria. Veremos cómo “el calzado estrepitoso de guerra”, es decir nuestra ira y afán de dominio se convierte en benignidad, acogida de amor y servicio humilde de la hermana, porque nuestra

soberbia ha sido pasto de las llamas encendidas por el divino Amor, por la Potencia de Dios.

Y comprobaremos cómo un Niño nos ha nacido en nuestra alma, cómo un hijo se nos ha dado, que lleva sobre sus hombros el imperio sobre el pecado, para liberarnos de él. Es el Príncipe de la Paz para hacernos a nosotras fuente de ella para los demás. Es el Dios potente para acrecentar nuestro fervor. El Consejero admirable que encauzará nuestros pasos por el camino de la santidad.

Ésta es la intencionalidad de Dios nuestro Padre al querernos consagrar con su Adviento piadosísimo para encontrarnos preparadas, dispuestas para recibir tanto bien. Para así ensanchar su imperio en nuestro corazón con un amor y una paz sin fin; para asentarlo y afirmarlo en el derecho y la justicia de nuestras obras y comportamiento con los que nos rodean. Y desde ahora y para siempre lo hará así el celo del Señor omnipotente que llega en la fragilidad amorosa de un Niño.

Miremos, hermanas, si es importante ajustarnos a las reglas de la espera Navideña. Miremos si es importante que nos encuentre Navidad en vela, vigilando, oteando también nosotras el horizonte por donde vendrá el Mesías, el Deseado de las Naciones. Descargadas de los afanes del mundo, despojadas de nosotras mismas, en silencio, investigando los textos bíblicos salidos de la boca del Altísimo. Alejadas del ruido mundanal, que por eso cesan también nuestras comunicaciones con el exterior en este sagrado tiempo de Adviento, a fin de que todo ayude a la preparación. Y si nos encuentra así en esta disposición, esperándole, el celo del Señor cumplirá su Palabra en nosotras y nos dejará henchidas de su amor, transformadas en la gloria de su Reino que es santidad.

Y recemos por los que no esperan así al Señor, porque no recogerán ningún fruto. Desafortunadamente no han

entendido al Señor. Se han situado fuera del sentido y del espíritu del Adviento, y aunque proclaman que lo importante es vivir el amor y la alegría de la Navidad, por no estar preparados con la disposición necesaria, se quedarán sin la alegría y sin el verdadero Amor de la Navidad. No se habrán preparado más que para percibir la captación de la periferia Navideña, que son los ruidos, las luces, los cánticos, la fiesta. Fiesta descargada del verdadero sentido Navideño, de la carga divina que nos trae el Niño que nos ha nacido.

Pues aunque el mundo paganizando ésta trascendental fiesta de Navidad, quiera seguir ignorando el alcance místico de inmersión de la divinidad en nuestras tinieblas que ella tiene, nosotras sigamos cada año esforzándonos con cariño en celebrarla con esta disposición que decimos que alcanza gracia, que se abre al amor y a la inmanencia de la divinidad.

Sigamos celebrándola cada año, preparándonos cada año con la intensidad que se nos pide. Porque la gracia que la Liturgia lleva consigo es nueva cada año. Y Dios quiere dárnosla cada año, para ir así apagando año tras año, más y más las tinieblas de nuestro pecado, ya que la meta de la Luz en la que hemos de quedar convertidas, transformadas, es infinita. Pues es la luz del Reino de Dios que se nos vierte en el alma con el Niño que nos ha nacido, con el Hijo que se nos ha dado por los siglos de los siglos. Amén.

Caldeemos ahora nuestro corazón con estas consideraciones para cantar las Vísperas con unción, celebrar la Eucaristía con fervor y cantar los villancicos al Niño con amor, dándonos a él enteras, en todas estas cosas que hemos de hacer hoy y en toda la Navidad.

EXHORTACIÓN – KALENDA 1995

Acabamos de oír, solemnemente proclamado, el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Así se nos ha dicho; Jesucristo, eterno Dios, eterno Hijo del Padre, después de un Adviento piadosísimo, después de haber sido concebido en el seno virginal de María por obra del Espíritu Santo, después de nueve meses de su concepción, en Belén de Judá, nació de María Virgen según la carne. Y nos hemos postrado reverentes adorando tan soberano misterio. Nos sobrecoge, de verdad este inaudito hecho del Dios eterno, del Omnipotente que se olvida de sí y de su grandeza, de su bienestar y felicidad, de su Plenitud soberana y divina y se hace un menesteroso hijo de Adán, compartiendo con nosotros, pecadores rebeldes al plan amoroso del Padre, la herencia de nuestro pecado: la limitación, la miseria, el frío, el hambre, la debilidad, el dolor, el sufrimiento, el sudor, la fatiga, la muerte, en fin, la carencia de todo bien.

Y nos asombra que Dios haya hecho esto por nosotras. Nos asombra y quedamos sobrecogidas ante la figura de ese Dios, Niño pequeñín, que parece que lo ignora todo, que lo necesita todo, que depende de todo y de todos para poder vivir. Y que no sabe más que mirarnos con un amor insondable pero que nos penetra y busca perderse en la debilidad de nuestra mismidad y fusionarse con nuestro propio ser. Nos asombra porque sabemos que ese Niño es Dios, nada menos que Dios, y nosotras nada menos que los enemigos de su Padre, como dice San Pablo (Rm 5, 6 – 11), pero que no le ha importado, y ha dejado a su Padre para venirse con nosotras y hacerse uno de nosotros, y vivir entre nosotras y padecer y morir por nosotras. Y nos preguntamos asombradas, ¿pero es posible esto? ¿Es posible que Dios haya hecho esto de verdad? Y quedamos sobrecogidas.

Pero la mirada del Niño nos sigue mirando, nos sigue interrogando, quiere decirnos algo... pero, no habla, no puede hablar, es igual que los demás niños recién nacidos. Es menester, pues, que desde nuestro asombro hagamos el esfuerzo de penetrar, por esos divinos ojos en la hondura de la fe y oír lo que nos está diciendo con su mirada de parvulito divino. Nos dice, pero, ¿te asombras de que me haya hecho Niño por vosotros? ¿te asombras? Entonces es que no crees en mi amor. Porque si entendieses cuánto os amo, verías que es lógico lo que he hecho, y que de lo que habría que asombrarse es, de que no lo hubiera hecho así, como lo he hecho. Te asombras, porque no crees en la potencia de mi amor hacia vosotros. Y esto es lo que me duele y me asombra a mí mismo, porque si creyeseis, mi misma energía de amor os hubiera ya transformado.

¿Quién, creéis, que sostiene el mundo en el espacio, este planeta que habitamos?, ¿quién creéis que sostiene el aliento de vida en cada hombre de la tierra?, ¿quién creéis que mantiene la infinitud de las galaxias en su orden admirable? Es la energía de mi amor la que hace flotar la tierra en el espacio y girar sobre sí misma para que tengáis vida. Es la energía de mi amor omnipotente quien mantiene caliente el corazón del hombre para que purifique su sangre y pueda vivir. Es la energía de mi amor caliente y divino quien enciende esas galaxias tan bellas y potentes. Y fue la energía de mi amor soberano quien hizo las locuras de amor por vosotros, no sólo perdiendo mi figura divina en mi Nacimiento, sino la misma figura humana en la Eucaristía, y hasta la última gota de mi sangre en la Cruz, sólo por vuestro amor. De esto sí que me asombro yo, de que todavía no me creáis. Porque si me creyeseis, la energía de mi amor habría consumido ya vuestro egoísmo y seríais sólo amor, como yo, haciendo locuras de amor por los demás, como yo. Si me creyeseis, arderíais en amor hacia mí y no me

dejaríais solo en el Sacramento de mi amor. Si me creyeseis, seríais avaras de la gracia santificante, por la que yo me he hecho Niño y he muerto para adquiríroslo. Si me creyeráis, seríais santas en toda la extensión de la palabra, lucharíais por alejar en su totalidad el pecado de vosotras, lucharíais por adquirir la virtud, lucharíais por vivir sólo para mí, para agradarme a mí, por vivir de mí, vueltas sólo hacia mí y de espaldas a las cosas de la tierra, a sus afanes, honras y mentiras, liberándoos así de toda angustia, de toda aflicción y miedo. Si me creyeseis, la fe en mi amor os haría las personas más felices de la tierra, porque entenderíais que yo estoy siempre con vosotras, cuidando hasta el último de vuestros cabellos (Lc 12, 7), velando vuestros sueños (Sal 120), protegiendo los latidos de vuestro corazón. Si me creyeseis, descansaríais en mi amor, aun en los momentos más duros de la vida, como un niño en brazos de su madre, como yo descanso ahora en los de mi Madre, sabiendo que mi amor a vosotras es más potente que cualquier dolor o cualquier mal y que nada os arrebatará de mí, pues yo soy el dueño de la vida y de la muerte. Si me creyereis, en fin, viviríais para lo que yo viví, sólo con el afán del amor y del perdón, del amor al Padre, consumiéndoo y dando toda vuestra vida para llevar a la humanidad a su amor y conocimiento; y de amor y perdón al hermano, siendo siempre corazón abierto para todos, comprensión, alegría, paz, la misma que yo traje a la tierra con mi Nacimiento.

Si me creyeseis... haríais todo lo que aquí os he dicho. Y... no lo hacéis. Entonces es que no me creéis. No creéis en la infinitud y potencia de mi amor a vosotras. Por tanto, dejad ya vuestro asombro inútil y pasaos a mi asombro. Al asombro de vuestra incredulidad. Yo pienso, pero, ¿cómo es posible que estos hijos y hermanos míos no crean que les quiero con locura divina después de todo lo que he hecho por ellos? ¿Es posible que todavía les arrastre el mundo y sus

mentiras más que mi amor eterno y verdadero, que al fin es el que les da la verdadera felicidad? ¿Es posible que no me amen ya con locura? No digo los millones y millones que pueblan la tierra y aún no me conocen, sino vosotras, mis predilectas, mis escogidas, ¿es posible que no estéis locas ya por mí, embebidas en mi vida y mi amor, respirando con mi respiración sólo amor, sólo amor, sólo amor, sólo Dios? “¿Aún no entendéis, ni comprendéis?” – Os digo como dije a mis apóstoles cuando vivía con ellos – “¿Tenéis encallecido vuestro corazón” – por la preocupación de vosotras mismas, de vuestros egoísmos? – ¿”Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís”? (Mc 14, 17 – 18). Miradme. ¿No os digo yo nada, tan pequeñín siendo el Omnipotente? ¿No os habla esto de humildad? Miradme, seguidme mirando recostado en un pesebre de animales. ¿No os dice esto nada de despojo de todo lo caduco? Miradme, sin poder hablar, esperando el alimento y el calor de mi Madre. ¿No os habla esto de vaciamiento de gustos y caprichos, de anonadamiento de la propia suficiencia, del valor del silencio? ¿No entendéis? Todo esto lo asumí y lo soporté por vosotras. ¿Por qué no lo asumís y lo soportáis vosotras ahora por mí, si es vuestra mayor grandeza y felicidad? ¿Es que no me creéis? ¿Es que no me amáis? ¿Qué esperáis? Yo si os digo lo que espero de vosotras en esta Navidad y ya para siempre, espero que me deis un corazón como el de mi Madre para recostarme y descansar en él esta Noche y siempre, como descansé en el de mi Madre cuando nací. Espero que me creáis, que creáis en mi amor, como creyó mi Madre, y por eso es mi Madre y la más santa de las criaturas. Espero que me creáis así, para que me améis así y me sigáis así como me siguió Ella, que es la Corredentora conmigo de todos los hombres.

Así os espero, así os quiero, así os necesito, como mi Madre, que para eso sois Concepcionistas. Así os necesito, tan cercanas como mi Madre, para que seáis muy santas y

me ayudéis a salvar al mundo, que para eso nací. Creedme, creedme, os necesito, creed en mi amor, identifícaos conmigo, sed una sola cosa conmigo. Dad ya el estirón de una vez para siempre y aprovechad así esta Navidad, regalándome vuestra fe, vuestro amor, vuestra persona, todo lo que sois y tenéis. Yo también me entrego a vosotras y os doy, una vez más, lo que ya os di para siempre, mi vida, mi divinidad, mi ser entero, os doy a mi Padre y a mi Madre. Todo es lo doy. Sólo os pido vuestro corazón. ¡Si supierais cuánto lo deseo y cuánto os amo! Me hago pequeñín para que no tengáis miedo. Entregaos sin reservas a mí. ¡Creed en mi amor!

¡Hermanas!, ¿creéis que si Jesús nos hablase a cada una de nosotras ahora mismo, disminuiría o suprimiría algo de lo dicho? ¡No, ni mucho menos! ¡Nos podría decir aún mucho más, mucho más, porque sólo él conoce la intensidad de su amor ardiente hacia nosotras! Pues escuchémosle ahora en la oración cada una de nosotras. Escuchémosle y entreguémonos enteras, arranquémonos de una vez para siempre de toda la vileza de nuestra naturaleza y de esta tierra, y demos el paso decidido hacia el Amor sin medida, dándonos a él sin medida. Que la Santísima Virgen, por su maternidad divina nos ayude, para gloria de Dios. No olvidemos a San José, tan humilde y callado. Así sea.

NAVIDAD 1996
PROCLAMACIÓN DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

En años anteriores, esta reflexión que hacemos seguida del bellissimo canto que anuncia la Natividad del Señor, la fuimos haciendo sobre el himno, las antífonas de las I Vísperas de la Natividad, y del mismo anuncio Navideño respectivamente. Este año de nuestra aprobación, de la aprobación de las Constituciones de la Orden de la Inmaculada Concepción, vamos a centrarla sobre la lectura breve de las referidas Vísperas del Nacimiento de Cristo. Nos va a venir como anillo al dedo para honrar de modo peculiar a tan dulce Madre.

Dice la lectura breve: “Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción” (Gal 4, 4 – 5).

“Nacido de una mujer”. Nos quedamos aquí, y tomamos esta frase como centro de la lectura y de la reflexión. Porque todo lo demás es consecuencia. “Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer”, y por ello fue en el seno bendito de María donde quedó engendrada junto con Cristo la nueva humanidad rescatada del yugo de la ley y del pecado y, consecuentemente, fue en ese seno bendito donde se nos devolvió la gracia de la filiación divina perdida por el pecado de Adán.

Vamos, pues, para penetrar un poco en la contemplación de este acontecimiento inefable, a situarnos en el tiempo que ocurrió, y podremos así rastrear algo, cómo contempló el Padre el nacimiento de su Hijo.

Veamos primero el mundo de aquella época, que ofrecía una humanidad pagana, desoladoramente paganizada. No sólo el imperio romano que dominaba todo el mundo conocido, sino también el resto de la humanidad,

rendía adoración a falsos dioses, ajena al Dios que le había creado. Idolatría que les llevaba a una vida desenfadada de placer, crímenes, orgías, etc.

Sólo un pequeño resto del pueblo de Israel brillaba en aquella negrura inmensa de pecado. Y hacia este pequeño grupo volvió el Padre su mirada salvadora y amorosa, fijándola en una criatura virginal que brillaba como un lucero.

Era Ella, sí, la inmaculada doncellita que Él había preparado desde su concepción santísima para habitación de su Hijo. Y estaba allí, como una rosa purísima, en oración, como un día más, y con el espíritu de los profetas, esperando, como el resto del pueblo, el rocío divino, el Mesías prometido que salvaría a su pueblo.

El Padre la contempló y se complació en Ella. Sonrió. Contempló su seno inmaculado, el seno virginal que acogería a su Hijo, y tanto se agradó, tan lleno de gracia le vio, tanto se agrandó ante sus ojos divinos tan casto seno, que llenó toda la tierra convirtiéndose toda ella en el seno bendito que recibía a su Salvador. La negrura del pecado había desaparecido ante la luz de Dios y la llenez de gracia de María.

Sí, hermanas, esto no es poesía, es la más confortadora realidad. ¿Quién no acepta que el resplandor del Verbo de la Vida que se encarnaba en el seno de María era más potente que toda la negrura del pecado que envolvía la tierra?, la cual quedó aniquilada, derrotada por el que es Luz de Luz, Dios de Dios. “Quedó borrada la iniquidad de la tierra” hemos cantado esta mañana en Laudes. Y esto, porque el seno lleno de gracia de María, fue la digna habitación que le acogió, tan grande que el Padre pudo contemplarle llenando la tierra que se abría para contener a su Salvador.

De este modo tan inefable se cumplían las Escrituras que aseguraban que una virgen nos traería a la tierra a Dios, dejándole con nosotros. Así se calmaban los deseos de los profetas: “Cielos, destilad el rocío, nubes, derramad la victoria, ábrase la tierra y brote la salvación, y con ella germine la justicia” (Is 45, 8).

Sí, los cielos, el Padre, habían destilado el rocío divino, que el mismo Padre había engendrado antes de la aurora (Sal 109, 3). Las nubes, o gracia divina, había derramado, con ella, la victoria sobre el pecado. El seno virginal de María, la Hija de Sión, dilatado por el amor como toda la redondez de la tierra, se había abierto, brotando de ella la salvación para todos, y con la salvación, con el Salvador, había germinado la santidad, la justicia en lenguaje bíblico, donde antes reinaba el pecado. Así Yahvé lo había hecho. Así lo hizo.

Porque María, el seno de María, fue la tierra bendita y fecunda, el nuevo paraíso, que abrigó en su vientre virginal al nuevo Adán y a toda la nueva humanidad. Nueve meses, un día detrás de otro María sintió como se gestaba cerca de su corazón al Primogénito de muchos hermanos (Col 1, 15), dilatando su ternura maternal hacia todos los hijos hermanos de su Hijo, nuevo Adán.

Porque, hermanas, no se le puede negar a María lo que se concede a los santos. Sería disparate. Si la experiencia de Dios les abre a los místicos al conocimiento del Ser divino y sus misterios, ¿cómo vamos a poder negar a María en esta experiencia vital de la encarnación del Verbo divino en sus entrañas, el conocimiento de la carga redentora que llenaba el alma del Hijo del Padre? ¿Cómo no le iba a dar a conocer a Ella, su Elegida, su amada Madre, el impulso divino que le había llevado a sus entrañas?

¡Sin duda ninguna María conoció a su Hijo en la carne y en el espíritu! Experimentó cómo él se iba gestando,

cómo se movía en su seno virginal, cómo iba creciendo su cuerpecito. Y también conoció y experimentó los movimientos redentores de su alma bendita. ¡Cómo no! Y esto le hacía unirse a él, y con entrañas maternas gestar en su alma a todos los hijos que su Hijo venía a redimir. Y unida a su Hijo comenzó a amarnos; y gestando a su Hijo comenzó a gestarnos a nosotras, a darnos, como nueva Eva, la vida en Cristo.

Repito, hermanas, para nuestro gozo. Ella, María, había visto abrirse el cielo y destilar el Rocío que su seno había acogido. Las nubes de la gracia del Padre le habían inundado primero a ella, revertiéndose desde ella hacia la humanidad; y desde María y con ella germinó para nosotros la justicia, la santidad. Ahora María, como tierra virgen y bendita nos dará esta Noche Santa la salvación, nos dará al Salvador para que viva con nosotros, para que le acojamos y germine así en nuestra alma la justicia, la santidad.

¡Hermanas!, ¿cuántas Navidades ha germinado en nuestra alma la santidad de Dios en el Niño que se nos ha dado? ¿Cuántas? ¿Se nos nota? ¿Se nota en nosotras la transformación que opera esta Salvación en los que la reciben? ¿Se nota que llevamos la carga del amor de Dios en nuestro corazón?

¡Hermanas!, ¡levantemos la bandera de la lucha contra el pecado, nosotras concepcionistas, desde esta Navidad! Lucha primero contra el pecado propio, y lucha después contra el pecado del mundo. ¿Cómo? Como María. Con una fidelidad íntegra al Señor y su Evangelio. Con una oración constante y comprometida. Con una obediencia ciega. Con un amor sin fin a Dios y a los hermanos. Con una actitud humilde de esclava ante Dios y los hermanos. Con una entrega sacrificada a Dios y a los hermanos.

Con este grito sereno de guerra contra el pecado sigamos a María “que avanza cual aurora, bella como la

luna, resplandeciente como el sol, imponente como un ejército en orden de batalla” (Cant 6, 10) contra el mal, contra el pecado, haciendo germinar la justicia, la santidad sobre toda la tierra. ¡Sigámosla!

Comencemos celebrando místicamente esta Navidad como fue en realidad hace unos dos mil años. Pensemos que, con el Niño adorable nacemos también nosotras. Recordemos que María nos engendró con su Hijo, nos gestó al gestar a su Hijo, y esta Noche nos va a dar a luz al mismo tiempo que a su Hijo.

Cuando a las 12 de la Noche, en el momento de la Consagración, en la Eucaristía, el Niño divino se haga presente como recién nacido entre nosotros, pensemos que también nosotras estamos naciendo del seno virginal de María, y, junto con Jesús, pongámonos, como recién nacidas, muy cerquita del corazón maternal de ella, de nuestra Madre, y digámosle que queremos ser hijas de su santidad, de su fecundidad virginal, hijas de la justicia que germinó en su seno, hijas de ella, de verdad, con su parecido espiritual, hijas de su mismo espíritu sin mancha de pecado original.

Es éste el único modo digno de celebrar la Navidad este año de la aprobación de nuestras Constituciones. Nazcamos hoy, del casto seno de María para comenzar una vida nueva de lucha contra el pecado.

Miremos que el Padre ha cumplido íntegramente sus promesas y nos ha dado al Hijo. No para que sigamos pecando, sino para que germine en nuestro corazón la justicia, en nuestra alma la santidad. No para que hagamos consistir la Navidad en cantos, ni en luces, ni en poner belenes, sino para que acojamos en nuestra vida la salvación, al Salvador que él nos da, y arranquemos el pecado de nosotras de una vez para siempre, que éste es el fin de la Navidad.

Sí, hermanas. Nuestra salvación es Dios, nuestra ruina es el pecado, porque éste es siempre falta de amor. Falta de acoger el amor que se nos da en el Niño que nace, y, por consiguiente, falta de hacer germinar este amor en nuestra vida y con los demás.

Que la justicia y la santidad divina que esta Noche germinará del seno virginal de María nos envuelva a nosotras, como parvulitas nacidas de Ella, de su amor virginal y purísimo, y éste nos haga crecer día a día hasta llegar a plena madurez en Cristo para gloria del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y gozo de nuestra Madre. Amén.

PREGÓN NAVIDEÑO. AÑO JUBILAR 2000

Siempre hemos admirado la pobreza del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, pero es que tenía que ser así para manifestarse lo que él es: Dios, eternidad, estabilidad. Quiero decir que Dios, íntegro como es en sus actuaciones tenía que hablarnos de modo tangible, de la relatividad de las cosas. La Palabra de Dios hecha Niño, tenía que hablarnos de lo que es perenne, duradero, y decirnos que lo efímero, lo caduco, nada tiene que ver con él, y nada tendría que ver con los cristianos, pero sobre todo, con nosotras, consagradas a imitarle cercanamente.

Ciertamente todas las cosas las creó él, y las bendijo porque eran buenas, pero cuando se decidió encarnarse en el seno virginal de María, ya había historia de cómo el hombre se aferra a las cosas terrenas y olvida al Creador de ellas. ¿Cómo él iba a rodearse de cosas en su Nacimiento? ¿Nos podría haber hablado así, con su ejemplo, de la precariedad de todo lo que no es Dios? ¿Qué duran las riquezas? ¿qué dura el bienestar? ¿qué la salud, incluso, qué la enfermedad? ¡Todo es caduco! ¡Sólo Dios es eterno!, y, lógica y consecuentemente, tenía que decírnoslo muy claro, como él es, con toda verdad.

¿Hemos acogido esta enseñanza los humanos? Parece que no, más bien tendemos a admirar la ternura de Dios haciéndose Niñito para llegar más a nuestro corazón, y esto es así, afortunadamente así, pero ¿llega a nuestro corazón? ¿puede llegar? ¿puede entrar en él? ¿no está lleno de cosas, de apegos? Ya lo estamos viendo. Parece que la enseñanza del Nacimiento de Cristo, y su misterio divino ha fracasado en nuestro mundo de hoy. Ya veis qué paganizado está este Misterio en la mayoría de los que nos llamamos cristianos, tanto, que ya es más corriente decir ¡felices fiestas! que ¡feliz Navidad! ¡No hemos entendido a Dios! ¡le hemos

dejado con su misterio y su pobreza! y ya la palabra Navidad, tan llena de Dios y por ello tan vacía de cosas, no dice nada a la mayoría de los mortales.

¡Que no sea así en nosotras, hermanas queridas! Vamos primero a contemplar este misterio de Dios hoy y en todas las celebraciones litúrgicas de esta Navidad para que entre de lleno en nuestra mente y corazón, y consiga Dios en nosotras el fruto de su Nacimiento tan desprovisto de todo, pero tan empapado de cielo, de ángeles, de Dios, de eternidad. No lo olvidemos, meditémoslo muchas veces, porque un clavo no entra en la madera con sólo un golpe, sino con muchos. Así este misterio inefable de Dios, no entra fácilmente en nuestra mente y corazón que arrastran las pesadas cadenas de la materialidad del pecado original, si no nos liberamos de ellas contemplando con encendido fervor este soberano misterio cerquita del corazón de la Madre bendita.

Si lo hacemos así, ella nos ayudará a asumir el desprendimiento de su Hijo, como ella lo vivió, incluso en medio de los regalos que le llevaron los pastores y los magos. Agradeciéndolos, pero libre el corazón de ellos. Acogiéndolos desde Dios, donde estaba su corazón. Así hemos de hacer nosotras, agradecer los obsequios, usar de las cosas, pero desde Dios, desde una conciencia de la relatividad de todo, que no permite que nada se apegue a nuestro corazón, sino que defiende su pertenencia a Dios, a lo estable, a lo eterno, y, por lo mismo, no da importancia a las cosas, por lo que está presto a desprenderse de todo, de todo, para ser más de Dios. Amén.



***EXHORTACIÓN NAVIDEÑA
AÑO 2001***

Este año vamos a reflexionar, hermanas, la primera antífona mayor del Magníficat, de las siete con las que la Iglesia nuestra Madre nos prepara para el inefable acontecimiento del Nacimiento de Cristo, cuyo Anuncio acabamos de escuchar y adorar, y cuyas Vísperas cantaremos con júbilo esta tarde. Dice así la antífona si recordáis:

“Oh, Sabiduría, que brotaste
de los labios del Altísimo,
abarcando del uno al otro confín
y ordenándolo todo con firmeza
y suavidad, ven y muéstranos
el camino de la salvación”.

Comenzamos reflexionando la primera palabra: “Oh, Sabiduría”. Y preguntamos hermanas: ¿quién podrá penetrar en ella para explicarla? ¿quién? ¿pues que sólo mencionarla se hace con admiración? Así nos lo confirma la Sagrada Escritura. Nos dice: “La raíz de la Sabiduría, ¿a

quién fue revelada?, sus recursos, ¿quién los conoció ? (Sir 1, 6). Y el profeta Baruc se pregunta también: “Pero, ¿quién ha encontrado su mansión, quién ha entrado en sus tesoros?” (Bar 3, 15). Tesoros, recursos, mansión, ¿quién los descubrirá? ¿quién nos los puede enseñar ? Viendo nuestra ignorancia, la divina Palabra nos dice benignamente por San Pablo: “en él - en Cristo - están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Col 2, 3). Y nos volvemos a preguntar: ¿cuáles son esos tesoros? su mansión, ¿dónde está?, ¿dónde sus recursos? La sabiduría divina vuelve a decirnos. Él, el Verbo y la Sabiduría de Dios, su misma Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14a) para descubrirnos sus tesoros, sus recursos, para decirnos con nuestra misma carne y palabra, que su mansión es una cueva de animales, sus tesoros, un pesebre para lecho, sus recursos, no tener dónde reclinar su cabeza (Lc 9, 58). ¡Oh Sabiduría, oh Dios! Cueva, pesebre, pobreza, ésta es la sabiduría de Dios. Esto es Dios. Porque la sabiduría es una imagen de su bondad (Sab. 7, 26c), y ¿qué mayor bondad y ternura que la que nos manifiesta haciéndose Niño por nuestra salvación? ¿Qué mayor sabiduría puede haber en Dios para demostrarnos su inmenso amor que la cueva, el pesebre, el no tener dónde reclinar su cabeza para convencernos de que nos ama? No pudo haber más sabiduría cuando no lo hizo de otro modo, sino que, teniendo la condición de Dios supo rebajarse, anonadarse hacerse hombre, morir obediente en la Cruz (Flp 2, 5 – 9), en la Cruz, que es necedad para los gentiles, escándalo para los judíos, pero para nosotros es ¡sabiduría de Dios! (1 Cor 1, 17).



Pero continuemos la antífona. Sigue así: “que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín”. Sí, brotó de la boca del Altísimo su Sabiduría como un manantial y nos dijo: “el que bebe del agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna” (Jn 4, 14). Sí, hermanas, así “la Sabiduría clamó por las calles, por las plazas alza su voz” (Pr 1, 20). Pero ¿quién le hizo caso? ¿Quién le hace caso hoy. Nos decía: “Amad a los enemigos, orad por los que os persiguen... No atesoréis tesoros en la tierra... No juzguéis... Entrad por la puerta estrecha” (Mt 7, 13) “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29)... Sed misericordiosos... Sed santos como vuestro Padre” (Mt 5, 38 – 48 ; 6, 19 – 24 ; 7, 1 – 14). Así habló la Sabiduría mostrándonos sus tesoros. ¿Quién se sacia de ellos? ¿Quién bebe del agua que brotó de los labios del Altísimo? ¿No preferimos mejor “beber el agua de nuestra cisterna, la que brota de nuestro pozo” (Pr 5, 15), de nuestra necesidad? ¿A quién convenció esta sabiduría divina? ¿La amamos? ¿Dejaremos que entre hoy esta Sabiduría divina, que es el Niño de Belén con su humildad y toda carencia de recursos humanos? Respondámonos... Escojamos... Escojamos entre la sabiduría divina y la humana opuestas entre sí. Escojamos entre los recursos de Dios y los del mundo. Decidámonos por los tesoros de Dios o los de la tierra... nosotras, que ya los hemos dejado. Recordemos : Cueva, pesebre, no tener dónde reclinar la cabeza, son sinónimos de mansión, recursos, tesoros de la sabiduría divina.



Continuamos con la antífona: “Ordenándolo todo con firmeza y suavidad”. La Sabiduría nos dice: “cual mirra exquisita he dado buen olor” (Sir 24, 15b), el buen olor de Cristo expandido en su Evangelio, en su doctrina, en su

Vida, en su Muerte. Con firmeza, condenando el fariseísmo. Con suavidad, perdonando a la adúltera. Con firmeza, entregándonos su vida, tan inmolada desde su nacimiento hasta su Muerte. Con suavidad, diciéndonos que su yugo es suave y su carga ligera (Mt 11, 30). Con firmeza, defendiendo las cosas y la casa de su Padre (Mt 21, 12 – 13). Con suavidad: “He aquí a mi siervo, a quien escogí, mi amado en quien se recrea mi alma. Pondré mi Espíritu sobre él y anunciará la justicia a las Naciones. No disputará ni gritará, ni oirá nadie su voz en las plazas. No quebrantará la caña cascada y no apagará la mecha humeante hasta que haga triunfar la justicia. En su nombre pondrán las gentes su esperanza” (Mt 11, 18 – 21) porque “contra la sabiduría no prevalece la maldad” (Sab 7, 30). Así el Señor, “como vid - nos dice - he hecho germinar la gracia, y mis flores son frutos de gloria y riqueza” (Sir 24, 17), de firmeza y suavidad.



“Ven, - pues, Señor - “y muéstranos el camino de la salvación”, le decimos completando la antífona.

Y la sabiduría divina nos dice que el camino de la salvación que nos lleva a ser bienaventurados en el cielo y también en la tierra es, el de los pobres que tienen deseo sólo de Dios; el de los mansos, los humildes; el de los que lloran; el de los que tienen hambre y sed de ser justos; el de los misericordiosos; el de los limpios de corazón; el de los pacificadores; el de los perseguidos por causa de la justicia; el de los que se alegran de las injurias sufridas por causa de él; el de los que se hacen como niños - porque todos estos heredarán el Reino de los cielos; serán consolados; poseerán la tierra; alcanzarán misericordia; verán a Dios; serán

llamados hijos de Dios; serán saciados de Dios, tienen una recompensa grande en los cielos” (Mt 5, 1 – 12; 18, 4).

¿Nos desconcierta esta sabiduría de Dios? Escribiendo esta exhortación me vino a las manos, por casualidad, una frase de Tagore que nos puede venir bien para entender esta sabiduría divina. Dice: “Dios espera hasta que el hombre se hace niño de nuevo en la sabiduría”. ¿No nos recuerda la frase de Jesús: “Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los cielos” que antes hemos mencionado? (Mt 18, 4). Si la sabiduría divina nos desconcierta es, que aún no nos hemos desprendido de la necesidad del mundo que tiene por pérdida lo que Dios tiene por ganancia. Sí, hermanas, Sabiduría equivale a conocimiento de Dios: “Fácilmente la contemplan los que la aman y la encuentran los que la buscan. Se anticipa a darse a conocer a los que la anhelan... Pensar en ella es la perfección de la prudencia... (Sab 6, 12 – 19) “La Sabiduría es un espíritu que ama al hombre” (Sab 1, 6) “...en todas las edades entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios”... porque Dios no ama sino a quien vive con la Sabiduría” (Sab 7, 25 – 29).

Dejemos que entre esta noche en nuestro corazón esta sabiduría divina recibéndola hecha Niño, para que nos enseñe a hacernos como él, ¡como Niños! es decir, humildes, sin prejuicios, para recibir la sabia doctrina que nos ha enseñado, a fin de que participemos con fe y con alegría su mansión, sus recursos, sus tesoros, su salvación. ¡Ven, Niño de Belén a quebrar nuestra soberbia, ven a creerte, ven! Ven, “oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo”, ven para que entremos por el camino de tu salvación, que con tanto amor y dolor nos enseñaste.

María, Madre de la Sabiduría divina, enséñanos a ser aventajadas discípulas de tu Pequeñín, pura gloria del Omnipotente, reflejo de luz eterna, espejo

sin mancha de la actividad de Dios (Sab 7, 25), su Padre, (Jn 14, 8 – 11), “luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero” (Credo), pero impotente sobre unas pajas por nuestra salvación. Amén. ¡Que lo entendamos, hermanas, dichosas seremos si lo ponemos en práctica! Amén. Así sea.



**REFLEXIÓN DESPUÉS DEL ANUNCIO DEL
NACIMIENTO DE CRISTO
AÑO 2003**

Este año reflexionamos la segunda antífona del Magníficat de las siete que preceden a la Navidad. Dice el texto:

“Oh Adonai, pastor de la casa de Israel,
que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente
y en el Sinaí le diste tu ley,
ven a librarnos con el poder de tu brazo”

Comenzamos reflexionando la primera palabra: “Oh Adonai”. Es este nombre una forma hebraica de llamar a Dios, y quiere decir “Señor mío”. Manifiesta con amor entrañable la dependencia que tiene toda criatura de Dios, al que llamamos Señor mío, sintiéndonos dichosas de ser sus esclavas, sus siervas, como María expresó al anunciársele su maternidad divina. Señor mío, equivale a poder soberano por parte de Dios, a humildad por parte nuestra. Él, es el Señor, nosotras, con María, sus esclavitas privilegiadas que tienen los ojos y el alma puestos en él, esperando su amor y misericordia, la participación en su vida divina.

Sigue el texto: “pastor de la casa de Israel”. Y Yahvé mismo nos describe con el salmo 22 cómo pastorea él a su pueblo, a sus ovejas, a nosotras. Con él, nos dice, nada nos faltará. En verdes pastos, que es su Palabra, nos hace reposar. Nos conduce a aguas de descanso, allí repara nuestras fuerzas, en la oración, que son las aguas de descanso. Nos guía por cañadas seguras haciendo honor a su nombre. Nada más seguro que su Amor y fidelidad. aunque caminemos por valles tenebrosos, que son los asaltos de Satán, ningún mal hemos de temer, porque él

viene con nosotras, aunque la fe esté oscura, porque su vara y su cayado, que es su protección, nunca nos faltará, siempre nos sosegarán. Él, prepara una mesa ante nosotras, su Cuerpo y su Sangre, enfrente de nuestros enemigos, y nos llenamos de sus perfumes divinos, de su santidad, hasta rebosar nuestro corazón. Y su bondad y su amor nos acompañarán todos los días de nuestra vida, y nos promete habitar en su casa por años sin término. Así es él para nosotras, como lo fue para su Pueblo.

Y porque no encontró entonces pastores según su corazón que pastoreasen a sus ovejas, hace profetizar a Ezequiel, capítulo 34, contra los malos pastores que se apacientan a sí mismos y no apacientan el rebaño, y en el versículo 23 nos promete al verdadero pastor. “Yo suscitaré al pastor que las apacentará”. Y, efectivamente, él mismo vino como Pastor y nos dijo: “Yo soy el buen Pastor: y conozco mis ovejas y las mías me conocen... y doy mi vida por las ovejas” (Jn 10, 11). Y así se hizo realidad humana el salmo 22. Y nos dijo que nos conoce y le conocemos. Conocemos a nuestro Pastor porque Jesús nos apacienta con su amor, con su Palabra, con su Cuerpo y Sangre, con su bondad, todos los días de nuestra vida. San Pedro nos lo confirma: “ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas” (1 P 2, 25). ¡Qué bien se está bajo su cayado amoroso! Pero, ¿nos conocerá él, o, nos reconocerá como ovejas suyas, fieles a su espíritu de amor y entrega humilde?

Sigue la antífona: “que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente y en el Sinaí le diste tu ley”. ¿No significará la zarza ardiente el fuego devorador (Dt 4, 24) del Dios del amor celoso del amor de su pueblo, que es Yahvé? Por eso en el Sinaí no pudo darnos otra ley que la del amor. Amor a él en los tres primeros mandamientos, y amor a los hermanos en los otros siete. Y cuando este fuego de amor se hizo carne

humana en el Niñito que esperamos, y consumió esta carne humana en la Cruz, nos lo dejó en su testamento divino: “amaos como yo os he amado”. ¡Oh, Pastor nuestro!, con qué razón tenemos que decirte: “ven a librarnos con el poder de tu brazo”, de tu amor. Ven, Señor Jesús, porque sólo el poder de tu brazo podrá librarnos del egoísmo, de todo lo que nos separa del amor verdadero; ven a librarnos de la susceptibilidad, de cuanto nos impide amarnos como nos mandaste. Ven, Pastor de Israel, y con el poder de tu amor, búscanos, desenrédanos ya de nuestro pecado, cárganos sobre tus hombros amorosos y métenos en el redil de tu amor para que amemos como tú de una vez para siempre.

Ven, digámosle con María y desde su corazón maternal contemplativo, ven a hacernos ovejas de tu rebaño, de las que tú conoces porque tienen tu parecido de entrega amorosa y constante. Ven, Señor Jesús. Ven. Amén.